Tomás Imaz

EL LIBERALISMO ESPAÑOL (I)

(CON MOTIVO DEL HOMENAJE A D. GREGORIO MARAÑON)

Aclaración previa

La tarea que supone estudiar el tema enunciado sobrepasa, naturalmente, la capacidad y las fuerzas del que firma este trabajo, que siente demasiado respeto por la historia de su patria para no darse cuenta de que el resultado quedará muy lejos de sus deseos. Sin embargo, la irresponsabilidad, la ligereza, la confusión con que se abordan hoy en día las más graves cuestiones, los más decisivos problemas nacionales, ha llenado de urgencia la labor de ir aclarando, aunque sea poco a poco, aunque sea esquemáticamente, el complejo pasado de España; la ha llenado de urgencia, sobre todo, porque el futuro se acerca a pasos agigantados y todas esas cuestiones tienen muchísima importancia para enfrentarse correctamente con ese insoslayable futuro. Esta última consideración ha prevalecido sobre la primera.

No obstante su imperfección confesada y la provisionalidad con que rogamos sean aceptadas nuestras tesis, el presente bosquejo no hubiera podido salir en las páginas de « NUESTRAS IDEAS » sin la ayuda de todo tipo que nos han prestado amigos magníficos. En rigor, el trabajo debería llevar una firma colectiva. Como esto no ha sido posible, entiéndase que el que firma, lo hace como recopilador. A ese recopilador deben atribuirse todos los defectos; los méritos, si alguno hay, deben buscarse en los amigos aludidos.

El homenaje

La muerte de Don Gregorio Marañón conmovió a todos los españoles, aun a los más alejados de los medios científicos, literarios y mundanos que Don Gregorio solía frecuentar en estos últimos años. Su entierro constituyó una verdadera manifestación ciudadana, en la que pudo advertirse un fuerte porcentaje popular; y ese porcentaje hubiera sido todavía mayor si el Gobierno hubiese decretado una de esas suspensiones de trabajo que tanto prodiga para finalidades menos nobles.

Estamos seguros de que muchos trabajadores, sobre todo si pasaban de los treinta años, hubieran querido rendir homenaje al Marañón republicano, al Marañón de la oposición a la dictadura de ayer y de hoy, a alguien que sabían — aunque su saber fuera vago e, incluso, erróneo — postergado, semiperseguido, considerando al desaparecido como algo suyo, a pesar de todos los pesares, y quizá con razón, gracias a ese instinto certero de las masas, mucho más profundo y agudo a veces que las más sesudas consideraciones intelectuales. Además, esas masas que no padecen el «odio hacia los hombres ejemplares» que algunos, arbitrariamente, les diagnostican, conocían, querían y respetaban al Dr. Marañón, al ilustre médico, al de la consulta del Hospital Provincial de Madrid — que, dicho sea de paso, en nuestro país es uno de los pocos puntos de contacto entre los grandes hombres y las masas populares —, como conocieron, quisieron y respetaron a Cajal, al Dr. Rubio y a otros médicos eminentes. Por eso no es extraña la presencia de los trabajadores junto a los estudiantes e intelectuales que llenaban las calles.

Sobre la personalidad cultural de Marañón, tan variada como fecunda, se ha escrito mucho durante este año que ahora termina, en revistas y publicaciones de todo tipo. «NUESTRAS IDEAS» no podía ser ajena al homenaje de los intelectuales españoles a Marañon y, aunque por sus características peculiares le haya sido imposible dedicar un número especial a su memoria, quiere asociarse ahora al dolor nacional por su pérdida. Es sabido que la medicina patria ha perdido uno de sus mejores valores, en su triple aspecto de médico, clínico e investigador; que las letras españolas han perdido un brillante escritor y conferenciante, un concienzudo académico, un buen biógrafo, un humanista ... Nosotros creemos, además, que la muerte ha arrebatado a todos, a la sociedad española y al propio desaparecido, una gran posibilidad: la de que Marañón culminase su vida política, tan compleja y discutida, de una manera gloriosa, encarnando, como «autoridad vigente y legítima», esto es, como miembro del gobierno provisional que hubiera sustituido a la dictadura, los anhelos de reconciliación nacional y de libertad que siente nuestro pueblo. A esa posibilidad alude Ridruejo, en la revista **INDICE**, cuando escribe: «El tiempo, la muerte, ha hecho, sin embargo, el milagro de que un hombre de más de setenta años, adquiera ante nuestros ojos la figura de un malogrado. Porque, por raro que parezca, los hombres innumerables que se convocaron en el Paseo de la Castellana para acompañar con su duelo el cuerpo ..., no imaginaban dentro de aquella caja ... los despojos de un hombre de ciencia consumado, de un gran escritor cumplido, de un médico incomparable saciado de servir, de un hombre grande cosechado en sazón, sino los de una autoridad vigente parecida a una promesa».

Esto no significa que queramos convertir a Marañón «en argumento, en parapeto o munición, como es moda piadosa entre los pobres tontos del sí y el no», según parece temer Garciasol, en la revista **INSULA**. Por el contrario, somos conscientes de la distancia existente entre los supuestos ideológicos de Marañón y los nuestros, los de los comunistas. Para disipar cualquier duda, ahí está, oportunamente publicada, su carta anticomunista. Pero somos conscientes, también, de que vivimos en una época donde todos los cambios positivos son posibles, donde están permitidas todas las esperanzas, todas las audacias por lo que se refiere a tener confianza en los hombres. El paso de la sociedad capitalista a sociedad socialista a escala mundial, el asalto de los pueblos atrasados y coloniales a las vías del progreso y la libertad, los increíbles avances científicos y técnicos ..., eso que los ideólogos burgueses califican de «crisis de nuestro tiempo», lleva implícita la posibilidad ideológica de que cualquier hombre, sobre todo a cierto

nivel intelectual, llegue a la comprensión súbita, revolucionaria, de la realidad histórica y social. Hoy esa realidad se mueve tan velozmente, permite entrever con tal claridad sus contradicciones más complejas, sintetiza tan apretada y comprensivamente el desarrollo de la humanidad, que no hay prejuicio que se resista a ella por arraigado que esté. Y, en esa realidad y en esa situación, se encuentra España, claro está, y todos los españoles, sea cual fuere su edad o ideología. Por eso, cuando muere alguno de nuestros grandes hombres, lo que menos nos importa a los comunistas es su pasado, con sus errores y sus aciertos, con sus incomprensiones y limitaciones; lo que nos entristece es el futuro del desaparecido, que se ha malogrado para siempre. Y en el caso de Marañón nos entristece más porque algunas de sus virtudes — su generoso apoyo a las causas de la paz, de la amnistía, de la reconciliación nacional; su fe en España, en la juventud, en el progreso político y social — justificaban, con gran fuerza, esa esperanza y esa confianza a que hemos aludido.

De cualquier modo, de Marañón puede decirse lo que de Ortega dijo, en su momento, Santiago Carrillo: un liberal a la vieja usanza, un liberal de la época que se centra en 1931, alejado utópicamente del conflicto de nuestra guerra civil, tolerado por la dictadura y en difícil convivencia con ella — podría resumirse: un liberal «despolitizado» — se convierte, al morir, en bandera de la oposición liberal. El que lea los números-homenaje dedicados a Marañón por las revistas **INSULA** e **INDICE** comprobará lo que afirmamos y, de paso, tendrá ocasión de conocer un buen muestrario del pensamiento liberal contemporáneo de España con todas sus tendencias y matices. El núcleo de ese homenaje, implícita o explícitamente liberal, rendido a Marañón puede resumirse en la nota de Redacción de **INSULA**: «... no sólo hemos perdido ... al médico eminente, al hombre de ciencia y al escritor extraordinario, ensayista, psicólogo, biógrafo e historiador de gran clase, sino a un gran liberal: al humanista luchador por la cultura y la tolerancia en nuestra patria, por la comprensión y la convivencia entre todos los españoles, por el respeto a las ideas ajenas».

Nosotros creemos que el mejor modo de honrar la memoria de Marañón sería contribuir a esa lucha por la cultura y la tolerancia en nuestra patria, por la comprensión y la convivencia entre todos los españoles. Pero, para que sea posible esa comprensión y esa tolerancia, es necesario, ante todo, el conocimiento cuanto más acabado mejor de las ideas de los demás, de las bases ideológicas que constituyen el punto de partida de cada cual. Sin que quede aclarado este extremo no puede existir ninguna posibilidad de entendimiento ulterior. Por eso consideramos que, quizá, no sería inútil iniciar una discusión cordial, desde nuestras posiciones ideológicas, no con el «marañonismo», que no existe, sino con los que se declaran continuadores de Marañón, con los liberales españoles de hoy: el tema de esa discusión habría de ser, naturalmente, el liberalismo español de hoy y de ayer.

Las tendencias hacia la tolerancia mutua, hacia el respeto por el contradictor, hacia la convivencia cívica se están abriendo paso, pese al franquismo y su manía tica intolerancia, en nuestra patria, y todos nos debemos felicitar por ello. Pero no todos entienden del mismo modo esa tolerancia, esa comprensión; hay quienes suponen que la convivencia es incompatible con la crítica, con la discusión, con la lucha ideológica; y la convivencia no sólo es compatible con esa lucha, sino que, sin ella, no puede existir: sin ella, se convierte en un conformismo estéril, que vive de espaldas a la realidad multifacética y contradictoria, casi siempre a expensas de alguien que tendrá que ser amordazado, como el conformismo de la Restau-

ración, por ejemplo. Las únicas condiciones exigibles a la lucha ideológica, a la crítica, son la honestidad, la mesura en el lenguaje y, sobre todo, la reciprocidad; el que discute, el que critica, debe admitir ser criticado, ser discutido: eso es convivir.

Uno de los problemas más interesantes del momento actual español es la aparición de ese neoliberalismo, que ha desplegado toda su ideología con ocasión del homenaje a Marañón. ¿Qué es ser liberal en la España de hoy?

El neoliberalismo español

El «liberalismo» contemporáneo es un concepto difícil de precisar, y no sólo en España. Por ejemplo: Bertrand Russell, en su libro **Retratos de memoria**, afirma que, cubiertos ya en Inglaterra casi todos los objetivos a que aspiraban antaño los liberales, a éstos sólo les queda luchar por dos nobles causas: a) que la legislación castigue a los que maltratan a los animales; y, b) que la legislación deje de castigar a los que practican, libremente, la homosexualidad. Otro ejemplo: cuando se verificó la ascensión del OPUS al poder, algunos articulistas norteamericanos saludaron la llegada de los «liberales» que iban a liberar la economía totalitaria.

Pero nos interesa, sobre todo, España. ¿Qué es ser liberal ahora y aquí? Como es obvio, el primer paso habrá que darlo acudiendo al campo de los neoliberales. Una primera definición del concepto es la que recoge la nota editorial de **INSULA**, ya citada; pero esa definicion adolece de amplitud excesiva, pues, en ella, cabríamos, por ejemplo, los comunistas, que no nos llamamos liberales. La del propio Marañón («primero, estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo; y, segundo, no admitir jamás que el fin justifique los medios») adolece del mismo defecto, y es abstracta y metafísica. En el referido número de **INSULA**, encontramos lo que sigue: Pedro Laín Entralgo: «El noble y sincero liberalismo de Marañón, ¿qué fué, a la luz de sus preferencias, sino el afán de que España, por la ya inevitable vía de la convivencia plural, fuese todavía fiel a lo que unitariamente habían sido las almas ejemplares de Vives, Feijóo y Jovellanos?; es decir: «intento apasionado, inteligente y doloroso de trabar en unidad de inteligencia el amor a España, la visión cristiana de la realidad y la ocasional actualidad de la historia universal». Julián Marías (sin mencionar la palabra «liberal»): «Hay que hacer que continúe su escuela (la de Marañón), sin desmayos. Su ejemplo, que fué la libertad y concordia, podría ser clave de una manera de intentar la vida española: con absoluta pertinencia y solidaridad, sin fingir ni mentir, sin petulancia y sin insolencia». No sabemos si Ramón de Garcíasol es liberal o no. Pero de su artículo pueden extraerse algunos elementos ideológicos, no muy arrogantes, más bien negativos, es verdad, pero que reconocerían como suyos algunos liberales de ayer y de hoy. En primer lugar, hace suyas estas palabras de Unamuno: «Pretender sacrificar todos y cada uno de los españoles a España, ¿no es pura idolatría pagana acaso?». Después, por su cuenta, Garcíasol escribe: «Y es que los hay tan torpes, los pobres, que dan el fin por llegado al presente, y sacrifican los hombres vivos y con futuro a un tropo que suele ser una añagaza para no dialogar o no sentirse en culpa». Y «¿Acaso un futuro abstracto precisa sacrificios humanos?». En general, puesta aparte su nota editorial, en **INSULA** parecen haber coincidido los hombres que rehuyen enfrentarse con las implicaciones políticas del concepto

«liberal». ¿Por la censura? Es posible; pero, también, según creemos, por cierta repugnancia a mezclar algo tan excelso como el liberalismo cultural con algo tan prosaico como la política.

Al leer **INDICE** el contraste resulta evidente, casi agresivamente evidente. En **INDICE** parecen haber coincidido los hombres que, en lugar de postrarse admirativamente ante la memoria del «gran liberal», examinan crítica, creadoramente, la obra y la vida de Marañón, *procurando que no se convierta en objeto* de culto laico, en algo estático, intocable, muerto, sino en sustancia viva, en fermento para el presente y el próximo futuro de España, aprovechando, en primer lugar, para ello, el contenido político de esa obra y de esa vida. De esa excelente impresión, excluimos, sin embargo, el artículo «La 'Gloria' de Don Gregorio», firmado con el seudónimo de «Tiberio Pérez», que, además de irrespetuoso e impertinente, nos parece ambiguo, de dudosa procedencia e intención. Dionisio Ridruejo escribe un artículo, «La autoridad de Marañón», en el que podemos encontrar más precisiones del concepto «liberal». Si no fuera por su injusta opinión acerca de nuestro pueblo, sería un excelente trabajo; no sabe Ridruejo lo que ganaría su pensamiento político si se despojase de esos tópicos heredados del peor idealismo burgués español: «La inapetencia española para reconocer y proclamar superioridades funcionales y representativas ... está seguramente en relación muy directa con la última y rara fatalidad de este mismo pueblo para aceptar jerarquías arbitrarias y convencionales y someterse a ellas». Del artículo referido, se desprende que esta tendencia del neoliberalismo, probablemente la más prometedora e inteligente, nace del orteguismo — y, en nuestra opinión, ése es su lado inerte y reaccionario — y del análisis directo, aunque muy tímido todavía, de la realidad social de la España de hoy y de ayer — y, *en nuestra opinión, ése es su lado vivo* y progresivo. O, dicho con palabras de Ridruejo: «me parece que es esto lo que vio muy certeramente Ortega en sus dos libros «La España Invertebrada» y «La Rebelión de las Masas», aunque, a mi juicio, le faltó relacionar estos indicios de enfermedad con el análisis de lo que hoy suelen llamarse las condiciones estructurales y su raíz económica». «Es obvio decir que Marañón fué un liberal, un hombre que profesaba ideas liberales. Ideas cuyos matices — más seguramente que en las de Ortega, perezosamente comprendidas aún — pueden parecernos discutibles en muchos aspectos, cuando, por ejemplo, se resiste a las consecuencias democráticas inseparables del mismo pensamiento liberal ... Es seguro que a su sistema — la sociedad libre y justa como resultado o suma de las conductas individuales, *libres, justas y responsables — le falta, como ya dijimos de Ortega*, la consideración de fondo sobre las condiciones estructurales donde tales conductas son posibles o imposibles». En el mismo sentido, más rotundamente incluso, insiste Fernando Baeza: «Marañón, en su prédica, apenas hizo alusión a problemas de carácter específicamente económico y social. Parecía no interesarle demasiado». «Al igual que Ortega, creía que todo podía resolverse mediante el acceso al poder de las minorías selectas y mediante la mecánica de las libertades públicas ... Para que los derechos puedan ser ejercidos con la limpieza que quería Marañón, y previa aceptación de los deberes, es necesario que unos y otros hombres estén instalados en un mismo mundo de posibilidades y certidumbres.

Ahora, ¿cómo crearse ese mundo partiendo de lo contrario? De una radical injusticia en el reparto de los bienes y en el acceso a los medios. Este problema no ha podido resolverlo el liberalismo, es decir, el liberalismo clásico o histórico, conservador por naturaleza (y no, como se empecinan en creer algunos, amenazador del bienestar burgués), el liberalismo humanista». «Ideas tan sanas como las suyas (las de

Marañón) no podían trascender a las clases populares porque éstas, antes que de justicia precisan de niveles de vida y, fatalmente, han de parecer demagógicas e inconfortables para quienes desde los supuestos de la vida burguesa no podemos ofrecerles sino excelentes razones. Las ideas que informan la vida del occidente europeo son muy hermosas ... El pensamiento de la burguesía española puede inspirarse naturalmente en ellas porque puede acaso vivir en ellas, pero, ¿y el pueblo español, está también en el occidente de Europa? Grave pregunta. En el siglo XIX, la historia de España la hacen y deshacen unos pocos, muy pocos ciudadanos ... Lentamente iban penetrando a la sazón en la Península las mejores destilaciones del pensamiento europeo. Podía percibirse, tanto en el libro como en la cátedra, un notable progreso; el nacimiento de un sentido autocrítico y pedagógico. Por primera vez en la historia del país, el intelectual comenzaba a tener auténtica importancia, a gravitar en los medios sociales y políticos. Pero la infraestructura de todo eso seguía siendo inalterable. El sufragio universal constituía un **enmascaramiento** de la voluntad nacional. Podía decirse de ésta que era un secreto de Estado. Así hasta 1917, en que las fuerzas proletarias hicieron violenta aparición en nuestro país ... La historia de España había cambiado de signo y la hora del liberalismo había pasado ... quedaba sin embargo ese más amplio contexto liberal ... que responde mayormente a un estado de espíritu que a un programa de partido». Perdónesenos la longitud de la cita, pero la consideramos imprescindible, como se verá más adelante. Baeza descubre aquí, muy acertadamente, cómo el liberalismo, al perder su justificación histórica como sistema económico y social y como ideología política, se convirtió en una ética, en norma orientadora de la conducta personal. Para Baeza, Marañón fué el «penúltimo de los grandes liberales españoles, que aún nos queda otro, si bien, es cierto, mucho más próximo, en su reformismo liberal, de la época en que nos toca movernos; ... vecino suyo en la visión de esa España hermanada y próspera que no renunciamos a vivir ...»

Nos limitamos a las citas anteriores. Otras ideas, expresadas en las revistas del homenaje, aunque no menos interesantes en sí, se relacionan menos con el neoliberalismo español, por lo menos en nuestra opinión.

* * *

Tal como aparece, la ideología del liberalismo español de nuestros días es una ideología en desarrollo, que se está gestando en medio de la descomposición del sistema de mitos, leyendas y cínicas falsedades que constituían la ideología del franquismo. En esa ideología influyen, con gran fuerza, las corrientes ideológicas burguesas de la España inmediatamente anterior a la dictadura; pero, también, con no menos fuerza, influyen, e influirán más todavía—porque esta última influencia es una tendencia creciente y general en todo el mundo —, el pensamiento progresivo de nuestro tiempo y, en primer lugar, el marxismo (1). Algo que llama inmediatamente la atención es el carácter cultural — estético, literario, moralista, ensayista de ese liberalismo —, carácter mucho más acusado en sus representantes de «derechas», que en los de «izquierdas», más atentos a las «condiciones

(1) Aunque los neoliberales no lo admitan, claro está. Ridruejo, curándose en salud, en su artículo de **INDICE**, *escribe: «La idea — no necesariamente marxista — de que el trabajo ajusta al hombre a la realidad, es verdadera y fecunda con tal de no convertirla en una fuente de desprecio para quienes ...»*

estructurales y su raíz económica»; pero incluso éstos parecen rehuir la formulación de un pensamiento económico, sociológico y político claro y decidido. En general, puede decirse que pretenden inspirarse en los antecedentes filosóficos y literarios de Unamuno, Ortega, Marañón, — hasta citan a Maeztu y D'Ors —, de los escritores llamados del 98, más bien que en el pensamiento político de la misma época. En buena parte, esto está determinado por el temor a la represión, por lo que se llama el « posibilismo »; pero, a nuestro juicio, la explicación de ese liberalismo cultural se encuentra, también, en que esta ideología refleja, ante todo, las contradicciones entre la dictadura y un sector social muy específico: el formado por los intelectuales de la burguesía y de la pequeña burguesía. La burguesía nacional y la pequeña burguesía campesinas, industriales o comerciantes; las contradicciones económicas entre esas clases y la oligarquía financiera y terrateniente,que se manifiestan en las revistas económicas, en las Cámaras de Comercio, Industriales, Agrarias, en los Sindicatos, etc., etc., (lucha por un más justo reparto en la distribución de impuestos, contra las discriminaciones en los suministros de materias primas, divisas, etc.) unas y otras, están un poco al margen del nuevo liberalismo español. La división del trabajo en el seno de las clases — a un lado, los ideólogos; al otro, los hombres prácticos ocupados en la producción material — da lugar, como se ve en este caso, a curiosas anomalías. Esto no quiere decir que ese liberalismo, en pleno período formativo, no sea capaz de llegar a ser en un futuro próximo la bandera idelógica de la burguesía no monopolista, de la burguesía media e, incluso, de la pequeña burguesía, si elabora un programa político adecuado que recoja las aspiraciones e intereses de esas clases y capas. Pero, hoy por hoy, la ideología neoliberal queda reducida a las Academias, a las revistas literarias, a las tertulias intelectuales, a los intereses de una parte de los escritores, científicos, técnicos, etc. — otra parte, cada vez más numerosa e importante, ha superado ya el liberalismo —: es decir, a un sector bastante reducido de la vida nacional, a pesar de que sus luchas, su actividad política, aun circunscrita en un ámbito cultural, pueda adquirir una importancia de primer orden en estos momentos, debido a la contradicción que se encuentra en el primer plano, entre *nuestro pueblo, en su conjunto, y la dictadura de Franco. Pero no se trata sólo del* hoy, sino también del mañana. Por eso, si los nuevos liberales quieren salir de donde están para desempeñar el papel al que aún, dadas las condiciones de nuestro país, pueden aspirar, deberán despojarse de muchos prejuicios, de muchas nostalgias, y enfrentarse de una manera original con los problemas de su tiempo y de su pueblo.

La "tradición" liberal de los neoliberales

Concretándomos a su existencia actual, como corriente de pensamiento en embrión enfocada fundamentalmente hacia los problemas culturales, lo que más asombra de este neoliberalismo es su falta de ambición a la hora de buscar predecesores y antecedentes. En un país como el nuestro, que cuenta con una de las tradiciones liberales más gloriosas y originales de Europa, aunque su gloria y su originalidad aparezcan aplastadas por moles de indiferencia y haya que trabajar mucho para encontrarlas, resulta sorprendente ese afán por entroncar con Ortega, Marañón, *la generación del 98 y todo lo demás.* José Luis Cano, en **INSULA**, habla de un artículo en el que Marañón « había hecho valientemente la defensa de

la Generación del 98, y de su tradición liberal». ¿Qué tradición liberal podría encontrarse en las obras de Baroja, Azorín o Valle Inclán? ¿Qué pensamiento liberal cabe encontrar en las obras de esos poetas, novelistas, dramaturgos y otros profesionales de la literatura, por grande que fuera su calidad artística y, en verdad, que lo fué mucho? En las opiniones sociales o políticas que los hombres llamados del 98 expresaron en libros, artículos, etc., hay de todo: liberalismo, cómo no, pero también nihilismo, anarquismo, nietzschelismo, socialismo, fascismo puro y sin ple. Entre los literatos, sobre todo Baroja, más que de otra cosa puede hablarse del «medalaganismo», muy propio del intelectual español de la época. Ortega, Unamuno, es cierto, fueron ideólogos, filósofos; pero de la filosofía de cualquiera de ellos se puede decir, con rigor, todo antes de decir que fuera liberal. Los neoliberales de hoy se declaran hijos de la generación del 98; nietos de Costa, Menéndez Pelayo, Galdós y Cajal; haciendo un esfuerzo inmenso, algunos se remontan a Larra, a Jovellanos, a Feijóo ..., a Vives ..., pero, en forma vacilante e imprecisa, *porque ya han llegado a la nebulosa prehistoria de su casta intelectual.*

¿Por qué? ¿A qué se debe que se haya perdido la rica vena de nuestra tradición intelectual progresiva? ¿Cómo es posible que los españoles, los intelectuales españoles sobre todo, hayamos caído en la «extraña y trágica perversión del instinto encargado de las valoraciones» (1) que supone el menosprecio de nuestros grandes antepasados del siglo XVIII y del XIX, de nuestros científicos, economistas, políticos, de Florez Estrada, de la «escuela sociológica española» de que habla Costa? ¿Cómo podemos conocer tan mal a Larra? ¿Cómo hemos leído a Costa, que nos recordó tantas cosas? ¿No seremos responsables nosotros mismos de que el liberalismo español, que en 1820 se convierte en la vanguardia de la revolución en Europa, contagiando a Portugal, Piamonte, Nápoles, a la Francia de Luis XVIII, a la inmensa Rusia de los «decembristas», no sea citado siquiera por De Ruggiero, el especialista italiano en cuestiones liberales, en su **Historia del liberalismo europeo** ni en su artículo **Liberalismo**, en la **Enciclopedia de Ciencias Sociales** americana? ¿Cómo explicarse esa repugnancia de nuestros intelectuales de principios del siglo XX, que los intelectuales de hoy aún no se atreven a superar, hacia las cuestiones económicas, sociales y políticas? ¿A qué es debido el desconocimiento que, en general, se tiene de nuestros siglos XVIII y XIX?

¿Desconocimiento? Lo curioso es que no se puede hablar de desconocimiento puro y simple. Los hechos, los documentos, están ahí, al alcance de cualquiera; los historiadores más serios los recogen y comentan; los eruditos profundizan en ellos, se apoyan en sus consecuencias para teorías más o menos brillantes. Ese desconocimiento afecta, más bien, al hombre culto medio, al intelectual de filas, al universitario, a todos aquéllos que tienen la obligación social de ayudar a constituir la conciencia nacional; ese desconocimiento se debe casi siempre, más que a ignorancia irremediable, a cierta desgana consciente de estudiar nuestra *historia en su desarrollo concreto. Que ello es así resulta indubitable si consideramos* el caso de Costa: todo el mundo habla del gran aragonés, todo el mundo venera su memoria; pero ¿quién sabe **lo esencial** de su pensamiento como sabe el intelectual medio **lo esencial** de Unamuno, de Ortega, de Baroja, de Marañón?

Acerca de ese desconocimiento y esa desgana tomemos unos cuantos ejemplos, elegidos al azar. Ortega, en su conferencia **Vieja y nueva política**, de 1914: «No había habido en los españoles, durante los primeros cincuenta años del siglo XIX, complejidad, reflexion, plenitud de intelecto, pero había habido coraje,

(1) Según Ortega, ésta es la enfermedad que obliga a nuestro pueblo a «detestar todo hombre ejemplar» (España Invertebrada)

esfuerzo, dinamismo. Si se quemaran los discursos y los libros compuestos en ese medio siglo y fueran sustituidos por las biografías de sus autores, saldríamos ganando ciento por uno ». Gil Novales, en el prólogo de su libro, **Las pequeñas Atlántidas**, de 1959: « A pesar del prejuicio inicial, el campo (el del estudio de los siglos XVIII y XIX) es inmenso, y, lo confesaré con alguna ingenuidad, asombroso ... Salvo la reivindicación de Larra, hecha por la generación del 98, y acaso también Feijóo, Jovellanos, y en otro orden Galdós, la cultura española más difundida del siglo XX ha solido lanzar una mirada bastante superficial sobre las dos centurias anteriores ». Guillermo de Torre, en su artículo, **Hacia una nueva Imagen de Moratín, Papeles de Son Armadans**, Marzo de 1960: « En las visiones de conjunto de la literatura española del siglo XVIII suele despacharse en pocas páginas, a veces con palabras casi despectivas. Se mencionan unos cuantos nombres — no siempre los más importantes —, se formulan cuatro frases condescendientes — cuando no adversas — para el neoclasicismo, se pretende colgar un sambenito de escarnio al « afrancesamiento » — que en rigor no fué tal, sino afán de nivelación europeísta —, se pondera sin mucho entusiasmo el esfuerzo de la Ilustración, y nada más ». J. M. Blecua Perdices, en su crítica del n° 164/165 de la revista **INSULA**, 1960: « ... Larra no es el español extranjerizante de principios del XIX ... Larra siente a España; ésa es la razón de toda su crítica, este sentimiento es lo que le sitúa frente a una sociedad sin muchas ni hondas preocupaciones ». (¡Esto se califica de descubrimiento en 1960!)

A ese desconocimiento han contribuido estos veintiún años de oscurantismo franquista, que se ha esforzado en enturbiar mediante todos los procedimientos posibles la comprensión de nuestra historia. Pero es un fenómeno muy anterior al franquismo, pues se inicia en la segunda mitad del siglo XIX, en un momento en que el pensamiento burgués español vuelve totalmente la espalda a la tradición progresiva, y no por casualidad ni por capricho, sino por razones históricas muy concretas. De esa época (1862), es la siguiente definición de liberalismo (que — ¡qué casualidad! — hubiera podido haber entrado dignamente en las definiciones de liberalismo que hemos extraído del homenaje a Marañón), que pertenece a Don Juan Valera: « crea el Sr. Sánchez que el bueno y legítimo liberalismo no es más que la doctrina del Evangelio aplicada a la política; aplicación que no saben hacer los absolutistas y los reaccionarios » (**El Papa y los gobiernos populares**). Claro está que Valera, en esa época, sabía muy bien que liberalismo **no era eso** y que el confusionismo implícito en la definición es deliberado, cínico si se quiere, en cualquier caso, consciente. El caso de los liberales de hoy es distinto: no saben, de verdad, qué va a ser **ser liberal** en la España del futuro, y no lo saben, a nuestro modesto parecer, en parte, porque aún no se sabe claramente lo que fué **ser liberal** en la España de ayer.

Debemos advertir que, en lo que sigue, no se descubre ningún Mediterráneo — o puede que sí, que sea exactamente eso. Pero se trata, más que nada, de proporcionar las bases para ese conocimiento medio, vulgar, que hemos echado de menos. Otra cuestión es la de si, a ese conocimiento medio, vulgar, podría llegar, por sí sólo, el pensamiento burgués; sinceramente, creemos que no, principalmente porque, en cierto sentido, está interesado en no llegar, aparte de otros motivos menos conscientes. La historia apasionante que vamos a bosquejar sólo alcanza su sentido total cuando se la examina a una luz nueva: la luz que el Partido de la clase obrera española ha conservado para nosotros, a costa de increíbles sacrificios, enriqueciéndola, día a día, con su práctica revolucionaria, desde hace más de cuarenta años.

Los orígenes del liberalismo español: 1750—1808

Como se sabe, los liberales españoles empezaron a llamarse «liberales» en las Cortes de Cádiz. Pero las Cortes de Cádiz, más que un punto de partida, es la represa donde desemboca todo el desarrollo del siglo XVIII. Como ya supo ver Marx, la Constitución de 1812, fué «un producto genuino y original, surgido de la vida intelectual española, regenerador de las antiguas tradiciones populares, introductor de las medidas reformistas enérgicamente pedidas por los más célebres autores y estadistas del siglo XVIII y cargada de inevitables concesiones a los prejuicios populares».

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, en España, se reanuda el desarrollo normal de la vida económica — alterado durante tres siglos por el descubrimiento de América y sus consecuencias, las guerras de la dinastía austriaca, las expulsiones, etc. Tiene lugar un resurgir agrícola, favorecido por la política agraria de los reinados de Fernando VI y Carlos III. El comercio con las colonias, libre de algunas trabas monopolísticas, se incrementa, y en las ciudades portuarias (Barcelona, Bilbao, Cádiz, La Coruña) se empieza a desarrollar una burguesía mercantil importante, se empiezan a acumular capitales de consideración. La industria sale de su marasmo y, favorecidas por el «proteccionismo» oficial, cobran nuevo impulso las manufacturas reales y la artesanía particular; esa industria exige ya técnicos, obreros especializados, como lo prueba la educación profesional a que se dedican las Sociedades Económicas de Amigos del País. Se inicia, en Vergara, la metalurgia y la explotación minera alcanza un gran nivel en Somorrostro, Linares, Almadén e, incluso, en Asturias, en cuyo carbón ha fijado su atención Jovellanos. El resurgir de la industria textil es general en Valencia, Alcoy, Segovia, Guadalajara, Cataluña, Murcia, Granada y Sevilla. La población pasa, de 1700 a 1788, de 6 a 10 millones de habitantes. En resumen: tiene lugar un gran desarrollo de las fuerzas productivas, un aumento de la importancia social y económica de la burguesía como clase.

Sin embargo, la estructura feudal del país es muy fuerte: el medio de producción predominante es la tierra que pertenece a la Corona, a la Nobleza, a la Iglesia y a los Ayuntamientos. Esta última, la que forma los «bienes comunales», es muy importante en Castilla, Aragón, Navarra, Cataluña y, sobre todo, en Andalucía y Extremadura, donde representa los dos tercios de la tierra cultivable. Frente a 500.000 nobles, 180.000 clérigos y una masa de casi medio millón de mendigos y criados, hay 40.000 fabricantes, 35.000 comerciantes, 900.000 campesinos propietarios, 900.000 campesinos sin tierras y unos 300.000 artesanos. El ejército (78.000), los estudiantes (51.000) y los funcionarios (41.000), completan el censo. La contradicción principal del momento es la que existe entre la estructura feudal, que impide el desarrollo del país, y las fuerzas vivas que se esfuerzan por impulsarlo. La lucha política de esa burguesía naciente adopta las formas del despotismo ilustrado: influir sobre el rey que, pese a todo, es el poder del Estado, para que vaya destruyendo, mediante reformas, la estructura jurídica y social reaccionaria. Los resultados de esa lucha dependen, pues, en gran medida, del capricho o de la personalidad real. Además, en España, los reformistas se encuentran con que el poder real es más nominal que auténtico, pues, como también y tan bien vio Marx, no es un poder centralizado: todas las reformas chocan contra los intereses creados de las oligarquías locales que son, en realidad, las que gobiernan en las

provincias. Debido a esa falta de centralización del poder, fracasó, por ejemplo, la reforma agraria que, en 1766, quiso realizar Aranda. Sin embargo, la legislación refleja los progresos de esa lucha de la burguesía en sus medidas contra las aduanas interiores, contra los impuestos que lesionan la producción, contra las trabas gremiales; a favor del acotamiento de las tierras cultivadas, a favor de la desamortización y venta de algunas tierras de la Corona y el clero, a favor de la libertad de trabajo.

Todos los que han estudiado la época (Hamilton, Moreau de Jonnès, Minano, Altamira, Madoz, Laborde, Costa, etc.) coinciden en estimar que el desarrollo económico y social de nuestra patria es hasta aquí «normal», y empleamos el concepto, así, entre comillas, para significar «europeo», «occidental». Antes del reinado de Carlos III, no existía en nuestra patria ningún obstáculo que la impidiera convertirse en un país moderno. Bastaba con seguir el camino emprendido o, al menos, intentado: el reparto de tierras a los campesinos, la liberación de la industria de sus trabas feudales. Esto hubiera incrementado el mercado interior, hubiera reforzado económica y socialmente a la burguesía, hubiera agudizado las contradicciones, hubiera hecho a esa burguesía más radical, más revolucionaria ... Sin negar la influencia del pasado más remoto, sin subestimar la importancia del factor colonial americano, no creemos que, para explicarse el «enigma histórico» que hoy es España para algunos, haya que remontarse a los árabes ni a los judíos ni a la romanización de los visigodos; basta con estudiar, y estudiar bien, este momento de que hablamos. Claro que, entonces, tendríamos que admitir que los problemas de la España moderna dependen, y han dependido, de una **reforma agraria**, lo que, en sí, es bastante prosaico y carente de originalidad.

* * *

Pero el aspecto más interesante de la época es el ideológico. Y, sin embargo, qué poco se ha estudiado. Cójase cualquier manual de Historia de la literatura o de Historia de la cultura donde hayan estudiado nuestros padres o nuestros abuelos, en Institutos o Universidades. «El siglo XVIII, como todas las épocas de decadencia (II), es siglo de crítica y de erudición, y se extiende principalmente a las producciones históricas y a las ciencias auxiliares de la Historia, Paleografía, Numismática, etc. Nota característica de la literatura y de la poesía de esta época, seguramente derivada de ese espíritu crítico, es el prosaísmo» (**Hª de la Literatura Española.** A. Lacalle. 1920) ... «se vació (el siglo) en moldes del clasicismo francés, siendo eminentemente crítico en la forma, económico y político en el fondo, y en las artes de libre musa poco genial y profundo, no habiendo llegado a formar **escuela** ni a recibir nunca verdadero carácter nacional con trascendencia al pueblo» (**Compendio de Hª de España.** A. Moreno Espinosa. 1894). (Entre paréntesis: puede verse la progresión del desconocimiento y de la interpretación formalista, de 1894 a 1920, entre las dos citas.) Después, unos cuantos nombres: Luzán, Iriarte, Samaniego, los dos Moratines, Cadalso, Meléndez Valdés, Cienfuegos, Jovellanos, D. Ramón de la Cruz, Masdeu, Forner y Feijóo (1) ... Ni una palabra de Campomanes, Capmany, Aranda, Olavide, Floridablanca, Cicilia Coello, Pérez Rico, Daniel Sanz, Floranes, etc.

(1) Feijóo es el mejor estudiado, durante finales del XIX y principios del XX, y no por casualidad. Su pensamiento ataca críticamente los aspectos más formales, más ideales, más superestructurales podríamos decir, de la sociedad. La crítica de la base económica y de la estructura social, a pesar de que tal base y tal estructura originaban lo que criticaba Feijóo, interesó mucho menos a nuestros historiadores y eruditos de después de la Restauración.

Los estudios más asequibles sobre la época nos dan una imagen bastante pálida de su esplendor intelectual; aunque es verdad que abundan tanto los intelectuales que, por numerosos, se hacen anónimos. Como los socios de las cuarenta y cuatro Sociedades Económicas de Amigos del País que existían por toda España, como los estudiantes del Seminario de Nobles de Vergara, etc.; todo un ejército de abogados, eclesiásticos, artesanos, militares, miembros de la pequeña nobleza, que estudiaban los problemas nacionales en una atmósfera de libre discusión. La burguesía, al margen de la Universidad retrógrada, soslayando la Inquisición, crea con las Sociedades Económicas un tipo de organización originalísima que es, a la vez, centro de estudios y centro de actividad política (1). Como, asimismo, crea las Academias de Medicina, de la Historia, del Derecho y la Lengua; las Escuelas de Medicina de Madrid y Cádiz, la Militar, la Naval, donde se estudian las matemáticas, la física y la astronomía; centros extrauniversitarios, de donde salen los primeros científicos y técnicos que necesita ya la industria y, sobre todo, el comercio ultramarino, como, por ejemplo, Jorge Juan y Ulloa. Y no olvidemos, en este breve examen, al Corregidor-Intendente de Badajoz, al Corregidor de Mérida, al Alcalde Mayor de Alcántara, al Gobernador de Lerena, al Intendente de Soria ..., a los semianónimos autores del **Memorial Ajustado**, el documento económico, social y político que resume la reflexión española más progresiva del momento sobre el problema agrario, en mucha mayor medida que el **Informe en el expediente de ley agraria**, de Jovellanos, más conocido sin embargo.

El espíritu que anima ese pleamar ideológico merece una atención especial. Ha tenido siempre muy mala prensa: los reaccionarios han motejado esa ideología de «extranjera», de opuesta a la tradición nacional; la pedantería burguesa la ha desdeñado por «vulgar» y «materialista». Quizá, por eso, únicamente otros materialistas, otros que, hoy, también son acusados de estar al servicio de «ideologías extranjeras» se atreven a considerarla y estudiarla. Los argumentos de los reaccionarios contemporáneos no merecen atención: ellos mismos se han encargado de prostituir su «tradición nacional» en el paganismo ateo nazi, en el cesarismo mussoliniano, en el pragmatismo aldeano yanqui, en cualquier desecho ideológico extranjero que sirva para defender sus «tradicionales» tierras, acciones y privilegios. Pero el problema de la extranjerización del pensamiento nacional nos interesa mucho, y no tenemos más remedio que detenernos en este punto.

La ideología extranjera que, en este caso, se denuncia es, como se sabe, el materialismo francés del XVIII. Pero ese pensamiento, además de su carácter francés que nadie le puede negar, resulta ser el más apto en ese momento para captar la realidad, para transformarla; en ese sentido, aunque es, como toda otra ideología, una ideología de clase — concretamente, de la burguesía francesa —, puede servir para cualquier burguesía que haya alcanzado un nivel de desarrollo, si no igual, por lo menos, comparable, en cualquier otro país. «Los materialistas franceses no limitaron su crítica a las cuestiones religiosas; arremetieron contra todas las tradiciones científicas e instituciones políticas que encontraron en su camino; y, con el fin de demostrar que su doctrina podía aplicarse universalmente, la aplicaron valientemente a todas las cuestiones científicas en una obra de gigantes, de la que tomaron el nombre: La Enciclopedia. Así, bajo una cualquiera de sus dos formas — materialismo confesado o deismo —, esa doctrina se convirtió en la doctrina de toda la juventud culta de Francia ... » (**Socialismo utópico y socialismo científico.** F. Engels). Podríamos añadir: «de toda la juventud culta de España» y

(1) Otro centro análogo es el de la organización masónica que, en ese momento, es el sustitutivo del partido político burgués y, todavía, está al servicio de los intereses nacionales.

de cualquier país en las circunstancias españolas: donde la contradicción principal fuera la existente entre la burguesía en desarrollo y la estructura feudal. Porque ese materialismo se manifiesta en que su concepción de la sociedad (la sociedad no como es en la realidad, es decir, la feudal de la monarquía absoluta todavía existente, sino como «debería ser», según las «leyes de la razón natural», es decir, la «razón burguesa») es «verdadera», o lo que es lo mismo, es la más adecuada, en ese instante, aunque inmediatamente revele su carácter contradictorio y de clase, para impulsar el desarrollo de la humanidad; porque ese materialismo se manifiesta también en que su teoría del conocimiento, el racionalismo, es la más adecuada en ese momento para impulsar el conocimiento científico, para dominar la realidad natural, psíquica e histórica sin más limitaciones que las inherentes a la ciencia de la época. Por todo ello, la ideología que precedió a la Revolución francesa, aunque fuera por breve tiempo y a pesar de sus limitaciones clasistas, llegó casi a cumplir las promesas de «universalidad» que toda ideología de clase presenta.

Pero, además de ese materialismo perfectamente asimilable por la ideología española, ésta cuenta en esa época con otro componente puramente español: el de la tradición progresiva del pensamiento nacional, el de la «escuela sociológica española» — como la denomina Costa — , que data del siglo XVI; la que, desde Vives, llega a los pensadores del siglo XVIII, a través de Mariana, los observadores y comentadores del comunismo primitivo del Perú, Pedro de Valencia, Gónzales de Cellorigo, López de Deza, Caxa de Leruela, Martínez de la Mata, Juan Francisco de Castro, etc. «Esa idea que subordina la propiedad del suelo al interés nacional y llama a su disfrute a todos los hombres, se ve amanecer en el siglo XVI y crecer y agigantarse hasta ser movimiento avasallador y forzar un momento la ciudadela de la legislación a últimos de la centuria décimoctava, constituyendo una de las más granadas manifestaciones del espíritu nacional» (**Colectivismo agrario.** J. Costa). Esa escuela, siempre según Costa, pretende «sustraer, en alguna parte, la institución de la propiedad al régimen del derecho privado»; reclama «alguna intervención, mayor o menor, de parte del Estado para el efecto de regular u ordenar la producción y distribución de la riqueza». Costa la califica de «comunista», pero originalmente «comunista», pues no tiene nada que ver con el comunismo monacal del cristianismo primitivo, ni con las utopías platónicas, ni con el comunismo medieval que algunos pretendieron extraer de Santo Tomás; se caracteriza, ante todo, por un objetivo muy real, muy práctico, muy posible: el de la socialización de la propiedad territorial. Ese pensamiento es también, en cierto modo, materialista; es, fundamentalmente, una reflexión de la realidad objetiva y concreta: «el pensamiento corre de ordinario servilmente arrimado a los hechos, no siendo por punto general sus conclusiones otra cosa que una interpretación, más o menos libre y retocada, de tal o cual práctica, ordenamiento positivo o estado social que tuvieran delante de los ojos» ... «habría podido desembocar siglos adelante en un Lasalle, en un Ketteler, en un Marx o en un Schaefle, si bien naturalmente de modo español» ... «refleja con fidelidad el vuelo humilde de la doctrina profesada por aquellos juiciosos y bien inclinados fiscales, intendentes, corregidores y arbitristas, eco directo de la plebe campesina» (**Id. Id.** J. Costa).

En resumen, la primera condensación de lo que, en seguida, se llamará «liberalismo» es:

1) Una ideología nacional, pues significa la continuidad dialéctica del pensamiento medieval español, al que combate, supera y asimila por encontrarse en un nivel

superior, de acuerdo con las transformaciones económicas y sociales que han tenido lugar en España.

2) Es una ideología materialista, aunque casi nunca aparezca como tal desde un punto de vista religioso y aunque se encuentre limitada por el escaso desarrollo científico del país.

3) Es una ideología ligada a la práctica política y social, pues casi todos esos pensadores intervienen en la administración y en la política de una manera activa y personal.

4) Es una ideología que se manifiesta, principalmente, en obras económicas, sociales y políticas.

Sólo una crítica deformada por medio siglo de cosmopolitismo idealista y formalista ha podido subestimar de tal manera la importancia cultural del siglo XVIII, sobre la base de que no diera lugar a una literatura brillante y copiosa. Ya hubiera llegado esa literatura, si el desarrollo hubiese continuado con normalidad ... En todo caso, los neoliberales, ahora que la burguesía llega a su ocaso como clase en todo el mundo, deberían asimilarse este antecedente glorioso del pensamiento liberal español, que surgió cuando la burguesía de nuestra patria era una clase joven y representaba a toda la nación en su lucha revolucionaria; por diferentes motivos, en esa asimilación, se encontrarían con nosotros, los comunistas, que consideramos como patrimonio de los trabajadores ese pensamiento que la burguesía, más adelante, arrojó al cuarto trastero donde ha arrinconado lo mejor de la energía nacional.

La primera extranjerización del pensamiento progresivo español: 1808-1833

Como se sabe, la Guerra de Independencia funde en un cuerpo único a todo nuestro pueblo contra el invasor. Ahora bien, no todos los españoles combaten por la misma España. Los campesinos, la gran masa nacional, hasta entonces aislados en sus localidades, analfabetos, que no han oído hablar nunca de la «escuela sociológica española», y los desclasados, otra gran masa, dirigidos ideológicamente por la aristocracia y el clero rural, luchan en general, en defensa de la España feudal, de sus creencias religiosas amenazadas, pero, también, confusamente, contra los abusos de los poderosos y la instauración de una sociedad más justa que sólo pueden esperar — pues no tienen otra experiencia — del favor de un gran rey. La minoría de los artesanos, comerciantes, fabricantes, los intelectuales, los estudiantes, luchan también en general, por una España donde sea posible continuar el camino emprendido en el reinado de Carlos III. Una minoría de «ilustrados» (siguiendo el ejemplo de la familia reinante, de los grandes dignatarios, nobles y eclesiásticos y de la burocracia) se somete a Napoleón. Las peculiaridades nacionales de la situación — en las que no podemos detenernos — hacen que las masas campesinas, el sector social numéricamente decisivo, quede bajo la dirección política e ideológica de las clases más reaccionarias. Sin embargo, el apoyo de los campesinos llegará a ser imprescindible para el triunfo de la revolución liberal. Porque, desde ahora, se puede dar por terminada la fase reformista de la lucha de la burguesía; las amargas experiencias del reinado de Carlos IV, el ejemplo de la Revolución francesa, han abierto la fase revolucionaria. La Corona

y sus pilares — la aristocracia feudal terrateniente civil o religiosa —, a un lado, y al otro, la nación, es decir: la joven burguesía y sus aliados potenciales.

Al terminar la Guerra de la Independencia, las condiciones son muy desventajosas para la nación. La guerra ha arruinado la industria y el comercio; sobre todo, el comercio con las colonias americanas, arrebatado por Inglaterra y Estados Unidos durante la guerra, y sin posible recuperación, pues las colonias van a emanciparse en seguida. El sector agrícola de la economía, en el que perduran y perdurarán durante treinta años las relaciones sociales feudales, pasa al primer plano, con lo que se refuerza la importancia social de la aristocracia y de la Iglesia. Socialmente, sin embargo, tiene lugar un hecho de gran trascendencia, favorable a las fuerzas progresivas del país: la fusión de las energías nacionales en el ejército más popular que ha existido en España hasta 1936, el ejército guerrillero de la independencia, el de Mina y el Empecinado. Por primera vez, quizá, desde las Guerras de las Comunidades, el pueblo español tiene conciencia de su fuerza, participa libre de localismos y represiones en una gran tarea nacional; por primera vez es una nación. Ese ejército, inexplicablemente, se ve abandonado por las «minorías ilustradas»; actúa sin dirección política e ideológica o, lo que es peor, bajo la dirección política e ideológica de la reacción. A pesar de ello, ese ejército será, hasta 1830, el instrumento armado de la revolución liberal y es el precedente de esa otra institución popular, y también despilfarrada por las «minorías» liberales, que es la Milicia Nacional. Pero, con la paz, los campesinos vuelven al terruño, al sometimiento a las oligarquías locales, a depender del señor temporal o espiritual. Las clases urbanas — el pueblo que puede apoyar a la burguesía en su lucha — están compuestas por artesanos, pequeños fabricantes y comerciantes, pero también por una masa de mendigos, criados cesantes, aventureros, soldados licenciados, masa que aportará a todos los movimientos del siglo su indisciplina y falta de cohesión y que intervendrá en las insurrecciones, en las provocaciones, en las algaradas, sin interés fijo ni ideal estable. Políticamente, las condiciones son también favorables a la reacción: Europa vuelve la espalda a la revolución; desprestigio de las ideas progresivas que el clero y la nobleza, olvidándose de su sometimiento a Napoleón, presentan como «ideas de afrancesados»; primer zarpazo del terror de Fernando VII; primera emigración.

A pesar de todo, las fuerzas revolucionarias conspiran, luchan, mueren gloriosamente. En 1820, la revolución triunfa momentáneamente, iluminando otra vez en la Europa de la Restauración la esperanza de la libertad. ¿A qué se debe su derrota, tres años después? ¿A los **Cien Mil Hijos de San Luis**? Sin duda; pero, además, al fracaso de los liberales para encabezar las masas campesinas, que permanecen al margen del conflicto, y, también, a esa extraña división de los liberales en **moderados** y **exaltados**, que no tiene justificación histórica alguna en ese momento. Esa extraña «moderación», esa vacilación de la burguesía, ya revolucionaria, está magníficamente recogida por Galdós, al describir la victoria del pueblo de Madrid sobre Fernando VII, el 7 de julio de 1822: «Hasta aquel instante todo se había llevado con acierto. Los milicianos habían hecho proezas; los generales se habían portado con dignidad y bizarría; el pueblo, victorioso, mas no embrutecido por la matanza ni ebrio de sangre, se había detenido con respeto, **quizá excesivo**, ante la puerta sagrada del Palacio de sus reyes, obedeciendo a una sola palabra de éste; los soberbios guardias, insolentes como el absolutismo que defendían, sin respeto a nada ni a nadie, mordían el polvo, sojuzgados por el espíritu liberal y la conciencia pública, de quien fueron instrumento propicio las armas ciudadanas.

Todo fué bien hasta aquel instante; pero en el mismo punto la cuestión que ya podemos llamar del 7 de julio, empezó a tomar **antipático sesgo.** Comenzaron los tratos para la capitulación; constituyóse en la Casa-Panadería una junta de **hombres débiles,** que no supieron tomar resolución alguna de provecho en el momento del peligro, y que ahora **querían nada menos que declarar la incapacidad del rey». (El 7 de julio.** B. P. Galdós). (Los subrayados, que son nuestros, pretenden llamar la atención sobre dos « moderaciones », dos contradicciones, dos vacilaciones: las de los protagonistas del 7 de julio y las del propio Galdós, y las más extrañas son las de este último. ¿Qué otra cosa hubiera sido más conveniente para España, a no ser otra medida mucho más radical, que lo que le parece **antipático** a Galdós?).

Después llega el Terror, sin « moderaciones », sin « vacilaciones », y transcurren diez años de paralización del pulso nacional. Todo el mundo sabe como termina este período, aunque no todo el mundo se dé cuenta de las consecuencias de ese final. Ni siquiera Fernando VII, como tampoco puede Franco hoy, podía detener la marcha de la historia; el mismo Fernando VII ha de buscar el apoyo de los liberales para defenderse de su siniestro hermano, de los « absolutistas », de los que pronto se llamarán carlistas. El conflicto entre la burguesía liberal y la estructura feudal se resuelve, de momento, mediante un compromiso entre la Corona, la cima más alta de esa estructura, y la burguesía. ¡Pero qué inicuo es ese compromiso! La burguesía se compromete a defender a una rama dinástica contra la otra; la Corona se compromete a no ahorcar, a no desterrar a la burguesía, pero a nada más. Los carlistas se convierten en el chivo expiatorio de todos los pecados del absolutismo real. Quiere decirse que a la burguesía le queda todo por hacer.

* * *

Durante este período la ideología de los liberales españoles se modifica profundamente, tanto por obra y gracia de los acontecimientos políticos, como por las influencias exteriores de que se impregna.

En este período aparece, en realidad, el fenómeno de la extranjerización del pensamiento progresivo nacional. La importación de teorías extranjeras no es, como se dijo, necesariamente, un fenómeno de extranjerización; cuando esas teorías, que son el reflejo de las contradicciones objetivas existentes en una determinada sociedad, llegan a otras sociedades con contradicciones análogas, estas últimas sociedades enriquecen su cultura con las ideas ajenas, se nutren con ellas, las asimilan al aplicarlas a las peculiaridades nacionales, al « modo español », como dice Costa, y las convierten en patrimonio del pensamiento nacional. De este modo, la Reforma, de origen alemán, se convierte en cultura holandesa y suiza, en cultura inglesa, y es el fermento que acelera el desarrollo de la revolución burguesa en Holanda, Suiza e Inglaterra; de ese modo, el materialismo francés del siglo XVIII se incorpora a las naciones modernas europeas en el siglo XIX; de ese modo, el marxismo-leninismo se incorpora, hoy, al acervo intelectual de todos los pueblos del mundo. La expansión del marxismo-leninismo, sin embargo, por ser, fundamentalmente, la ideología del proletariado, la clase que no necesita explotar a otras clases connacionales o extranjeras para realizar su misión histórica, es un fenómeno cualitativamente distinto a la expansión de cualquier ideología anterior.

La ideología de la burguesía francesa, por ejemplo, que en un momento determinado pudo servir de bandera a todo pueblo, por ser la ideología de la clase que atacaba a todo el orden feudal, lesivo para todo el pueblo también, se convierte, en cuanto esa clase conquista el poder, en una ideología al servicio exclusivo de la clase ya dominante; en la elaboración posterior de su pensamiento, la burguesía introduce ya elementos que no tienen otro objeto que justificar su necesidad de explotar a otras clases y capas no burguesas, su necesidad de explotar a otros pueblos menos desarrollados. Las ideas elaboradas por los ideólogos burgueses de Inglaterra, por ejemplo — principalmente el **librecambismo** —, no tienen otro objeto que servir de programa económico de la burguesía industrial y manufacturera inglesa, en el interior, y facilitar y justificar la conquista de los mercados mundiales para las mercancías inglesas, en el exterior. (« No tienen otro objeto » social, histórico, objetivo; aunque los pensadores responsables de ese pensamiento crean otra cosa, por ejemplo: que van a conseguir la felicidad del género humano). Pero, si la burguesía de otro país de inferior desarrollo abraza el librecambismo, que va a paralizar su desarrollo industrial, que va a permitir a una burguesía extranjera la conquista del mercado nacional, la burguesía menos desarrollada **extranjeriza** su ideología, se somete ideológicamente a los intereses imperialistas de la burguesía inglesa. Es inútil, en ese caso, que los importadores del pensamiento extranjero se esfuercen por incorporar las ideas extrañas al pensamiento nacional; éste se desarrollará con un quiste en su seno, quiste que extirpará en cuanto tenga ocasión, aunque a veces el quiste sea tan grande que pueda terminar con el pensamiento nacional, o, al menos, deformarlo durante un largo período. Esto es, a nuestro juicio, lo que estuvo a punto de ocurrir en España. Es verdad que hay otro tipo de extranjerizaciones, en general; pero suelen ser fenómenos pasajeros, modas cosmopolitas, impregnaciones de los niveles menos importantes en la superestructura de la sociedad, como, por ejemplo, la actual « cocacolización » de España, la plaga de películas y novelas del Oeste, etc; lo grave es cuando la extranjerización afecta a la ideología económica y política de las clases que, en el momento de la importación extranjera, son las decisivas para el desarrollo social.

El primer signo de extranjerización del liberalismo español se encuentra en el **Informe en el expediente de Ley Agraria**, de Jovellanos, aparecido en 1793 que, aunque anterior al período que nos ocupa, se convirtió, después, en el programa agrícola de los liberales de las Cortes de Cádiz y, más ampliamente, en la justificación teórica fundamental de la gran burguesía española posterior. El **Informe** es la crítica de Jovellanos al **Memorial Ajustado** que, elaborado por Procuradores, Intendentes, Alcaldes, etc., etc., a petición del Consejo de Castilla, fué enviado por este organismo a la Sociedad Económica de Madrid, para que diera su dictamen; la Sociedad encargó del dictamen a Jovellanos. El **Memorial Ajustado**, que el Consejo había recopilado con vistas a una mejor destribución de la propiedad territorial, considerando esta distribución como la primera condición para el progreso de la agricultura, sintetizaba magníficamente las ideas de la « escuela sociológica española » del período anterior.

Las propuestas del **Memorial Ajustado** consistían, esencialmente, en lo siguiente: distribución de la tierra a los campesinos, en forma de arrendamiento o enfiteusis, para su disfrute perpetuo y hereditario, mientras continuasen cultivándola personal o familiarmente. Mediante los privilegios de **tasa** y **posesión** y ciertas prohibiciones, como la de subarrendar, esta reforma agraria concedería a los labradores todas las ventajas de la propiedad, sin sus inconvenientes y, entre

ellos, la fragmentación o la acumulación excesiva, que se evitaban con la limitación legal de las labranzas. Los colonos que ya trabajaran las tierras vinculadas de la Corona, la Nobleza, la Iglesia o los particulares ricos se convertirían, así, en arrendatarios o enfiteutas perpetuos, en casi propietarios, pues la única causa legal de despojo era la falta de pago durante dos años consecutivos; la misma suerte correrían los vecinos sin tierras o con tierras insuficientes, mediante el reparto, en las mismas condiciones, de los baldíos, bienes de propios, etc., realizada por los Ayuntamientos que los poseían e, incluso, cuando los bienes comunes no bastaran, se llegaba a propugnar la expropiación de los particulares. La finalidad de todo ese programa era buscar la mayor igualdad posible en fortunas y haciendas entre los españoles, igualdad que los autores del **Memorial Ajustado** consideraban la base ideal de una sociedad justa, próspera y feliz.

En las ideas contenidas en el **Memorial Ajustado** intervienen, claro está, elementos utópicos; de haberse llevado a cabo el programa propuesto, es muy posible que las leyes que rigen la economía capitalista hubieran prevalecido a la larga. Pero, ese programa, al coincidir con la inevitable desamortización de la propiedad territorial de la Iglesia, Mayorazgos, Estado y Ayuntamientos, que vino después, hubiera dado lugar, de haberse llevado a la práctica, a una numerosa clase campesina, requisito social imprescindible para la formación de una fuerte burguesía nacional y garantía segura de su desarrollo económico y político. En lugar de ocurrir así, la desamortización se hizo como se hizo y, en vez de esa clase media campesina, produjo varios millones de proletarios agrícolas y un puñado de terratenientes burgueses. Hay que abrir bien los ojos frente a este hecho, porque, a nuestro juicio, no hay otro «enigma» en la historia de España; sólo cuando lo digeramos intelectualmente, sólo cuando lo resolvamos en la práctica, pues está aún sin resolver, tendremos derecho a recurrir a otras teorías más sutiles, más espirituales, más originales.

Pero, como dijimos, los liberales convirtieron el **Informe** de Jovellanos en su programa, sobre todo en su programa agrícola. Y el **Informe** de Jovellanos, en contraposición al **Memorial Ajustado**, del que es crítica y rectificación, se inspira sólo en la Libertad. Como se sabe, esta Libertad, durante el período prerrevolucionario burgués, significaba en las banderas de la burguesía varias libertades concretas: libertad de la agricultura, de la industria y el comercio, frente a todas las trabas feudales, que entorpecían el desarrollo económico; además, libertades políticas, religiosas, de pensamiento, etc. Pero, inmediatamente después de que esa burguesía conquistó el poder, parcial o totalmente, esa Libertad se convirtió, primero y más descaradamente en Inglaterra y después en Francia, en la libertad omnímoda de la burguesía para sacarle provecho a su capital, y a esa libertad omnímoda fueron sacrificadas, de momento, todas las demás, pues, cuando después reaparecieron, fué sólo gracias a nuevas luchas, a nuevos sacrificios populares. La Libertad, en abstracto, quiso decir, desde entonces, y quiere decir hoy en gran parte del mundo, libertad para el Capital: libertad para explotar, libertad para establecer contratos leoninos, libertad para pisotear todo derecho anterior, por justo que fuera, si se oponía al voraz apetito capitalista. Y, en España, donde la burguesía estaba aún muy lejos de llegar al poder, donde no se habían conquistado las libertades económicas, políticas, religiosas, etc., esa otra libertad, que constituía un componente ideológico del capitalismo extranjero, mucho más desarrollado ya que el nuestro, se convirtió, inexplicablemente, en la libertad fundamental para los liberales. Nos encontramos, pues, ante un caso típico de extranjerización del pensamiento nacional.

Jovellanos, en su **Informe**, se oponía a las soluciones propuganadas por el **Memorial Ajustado**, por considerarlas «extravíos de la razón y el celo». La finalidad de las leyes agrarias debía ser «aumentar, por medio del cultivo, la riqueza **pública** hasta el sumo posible». Para conseguir ese aumento, la distribución de la riqueza era asunto secundario; lo importante era que la proyectada ley agraria suprimiera «los estorbos que se oponen a la libre acción del **interés privado**» (subrayados T. I.) Nada debía coartar la libertad de arrendamiento, de contratación, de disposición de la propiedad; el privilegio de posesión y el de tasa eran atentatorios contra la libertad de los cultivos y contra el derecho de propiedad, así como la prohibición de subarrendar, la limitación de la extensión de las labranzas, etc. Libertad para vender las tierras desvinculadas al mejor postor, libertad de contratación entre los propietarios y los colonos, libre circulación de los bienes rústicos; libertad, sobre todo, para la propiedad.

No seríamos justos si no reconociésemos en esas ideas el anhelo de libertad burguesa frente a los reglamentos, ordenanzas y trabas de toda clase que obstaculizaban el desarrollo agrícola en la estructura feudal de España; pero lo que resalta, en Jovellanos, es ese enfrentamiento con las ideas de Aranda, de Campomanes, de Olavide, de Floridablanca, etc.; con todo el pensamiento progresivo español tan explícitamente expresado en el **Memorial Ajustado.** ¿A qué se debió? Muy probablemente al hecho de que el ilustre asturiano era, quizá, el hombre más culto de su época (1), el que mejor conocía la ideología inglesa del siglo, sobre todo el liberalismo individualista de Locke, cuyas teorías había estudiado muy bien, así como las de Voltaire, Montesquieu, Rousseau y las constituciones y las declaraciones de derechos que había visto nacer, teorías y declaraciones completamente saturadas de individualismo lockiano.

El hecho es que, como dice Costa, «esa idea que subordina la propiedad del suelo al interés general y llama a su disfrute a todos los hombres» ... «choca con tan formidable valladar como Jovellanos y las Cortes de Cádiz». Porque los liberales de las Cortes de Cádiz abrazaron casi unánimemente, el programa agrícola del **Informe.** En oposición a ese programa, sólo se alzaron las voces liberales de los diputados Gutiérrez de la Huerta, Calatrava y Francisco Gómez; y la tradición progresiva del pensamiento patrio desaparece, salvo en las obras de Franco Salazar, Casimiro Orense, García Malo y Martínez Marina, para no volver a reaparecer hasta Flórez Estrada.

* * *

Mientras que la teoría económica de la ideología liberal cristaliza, del modo indicado, en ese liberalismo económico puro, ¿qué ocurre con los aspectos políticos y filosóficos de esa ideología? Hoy no cabe duda de que el problema que la historia planteaba a la burguesía española exigía, en esos momentos, una ideología política radical, revolucionaria: el pensamiento político capaz de conducirla a la conquista del Estado, capaz de consolidar después el poder burgués y de demoler la anquilosada estructura feudal. En honor a la verdad, esa ideología no aparece en ningún momento, ni siquiera en los años 1820—1823, cuando los liberales tienen al alcance de su mano el poder; ni siquiera en las filas de los

(1) Nuestro «primer intelectual», como le llama Aramburu, en P. de Son Armadans, (N° dedicado a Mallorca). No sabe Aramburu, otro neoliberal, hasta qué punto acierta; porque, en el contexto, «intelectual» quiere decir «intelectual burgués de nuestro tiempo» y Jovellanos, en ese sentido, fué un precursor de toda la extranjerización posterior.

exaltados, que dieron muestras de una inconsecuencia ideológica sorprendente. Si los **moderados** de Martínez de la Rosa limitan sus aspiraciones a solicitar de Fernando VII una carta otorgada como la del Luis XVIII francés, los **exaltados** aspiran solamente a restablecer la Constitución de 1812 que, como se dijo, es la culminación de la ideología reformista. Pero estos últimos ni siquiera mantienen firmemente esta aspiración tan razonable. Todo lo que hay de decisión y de audacia en Mina, Porlier, Torrijos, Lacy, Vidal, Riego, Quiroga, en los miembros de las logias masónicas y de las sociedades secretas a la hora heroica de la conspiración, se convierte en indecisión, en moderantismo a la hora de la victoria. El fenómeno es, realmente, difícil de explicar, pues no se trata sólo de los **moderados** — que son ya bastante extraños de por sí —, sino de los **exaltados**, del ala izquierda de las fuerzas revolucionarias burguesas. Hay que reconocer que la burguesía, aun débil en la correlación de clases del momento, fué incapaz de adaptarse ideológicamente a las nuevas condiciones; de transformar su ideología reformista en ideología revolucionaria; y, lo que es más grave, fué incapaz de forjar esa ideología, sin la cual estaba condenada a caer en el empirismo más ineficaz, después, en la casi veintena de años que van de 1814 a 1833, desde la vuelta de Fernando VII al compromiso con la Corona, ni en el período absolutista de 1814 a 1820, ni en el período liberal de 1820 a 1823, ni en la década de terror absolutista posterior. Lo que quiere decir que la burguesía, en el momento en el que hubiera podido aprovechar las posiciones conseguidas gracias al compromiso con la viuda de Fernando VII, se encontró, además de dividida en **moderada** y **exaltada** — después, **progresista** —, desarmada ideológicamente, sin clara idea de cómo y para qué debía utilizar su semiascensión al poder.

La ferocidad, el cerrilismo, el egoísmo de clase y de casta que han caracterizado siempre a la reacción española son, en buena parte, responsables de ello. El terror absolutista exterminó, ahorcó, encarceló: hizo cuanto estuvo en su mano, como ahora hace Franco, para aniquilar el pensamiento nacional. Los liberales de Cádiz supieron ya, de 1814 a 1820, por triste experiencia personal, a dónde conducían las ideas progresivas. Argüelles, Toreno, Calatrava, Martínez de la Rosa, Muñoz Torrero, Sánchez Barbero, Nicasio Gallego, etc., dieron con sus huesos en los presidios africanos, a la vuelta del «Deseado». El número de víctimas ocasionado por el terror de Fernando VII, Calomarde y Chaperón, el Eymar del absolutismo, se calcula en unas 6.000 (1); el número de proscriptos, en unos 30.000. Este período de represión aguda produjo, en general, una selección negativa: los más aptos para la revolución, los más abnegados y decididos, cayeron, se consumieron en la llama insurreccional; en cambio, los más vacilantes, los más moderados desde el punto de vista ideológico — que fueron, también, los más moderados y vacilantes en la práctica revolucionaria —, pudieron salvarse, por medio de la prudencia o la emigración, y reaparecieron o regresaron a España en 1833. Pero, comparados con los liberales de Cádiz y con los «ilustrados» de finales del siglo anterior, eran una hueste diezmada, fatigada y, como veremos en seguida, desorientada ideológicamente.

La emigración, esos 30.000 proscritos, nos interesa de manera especial. «Con los afrancesados y los liberales habían desaparecido en realidad de la vida pública las minorías dirigentes del país» (**Liberales y románticos** ... Ll. Castillo). De 1814 a 1820, el número de emigrados fué relativamente pequeño; la emigración masiva tuvo lugar de 1823 a 1833; el centro de esa emigración estuvo, hasta 1830,

(1) A los desaparecidos, para los efectos de la selección de calidades humanas, hay que agregar los que cayeron en la guerra contra Napoleón.

en Inglaterra, y, después, en la Francia de Luis Felipe. Los emigrados fueron el segundo vehículo de extranjerización del pensamiento liberal español, y esta extranjerización explica, por lo menos parcialmente, la incapacidad de la burguesía para forjar su ideología revolucionaria. Por eso es conveniente examinarla con algún detenimiento.

En su conferencia, **Tres generaciones del Ateneo** (1930), Don Manuel Azaña resumía, refiriéndose a los liberales que fundaron — refundaron podría decirse — el Ateneo de Madrid: «Todas las biografías se asemejan: la logia, el club, el periódico, el presidio, el parlamento, el ministerio: estancias de los más notables». Hay que añadir: la emigración. Y otra nota común: al lado de los nombres de muchos de ellos, como, por ejemplo, Alcalá Galiano, el conspirador de 1820 en Cádiz, los comentaristas añaden, en 1833, «ya **moderado**». Pero no se trata sólo de los que militaron efectivamente en el partido **moderado**: la nota de **moderantismo** pudiera agregarse a los nombres de casi todos los progresistas también.

La característica ideológica común de aquellos emigrados aparece sintetizada genialmente por Larra en la primera parte de su artículo **Dos liberales o lo que es entenderse**; al liberal emigrado le hace escribir Larra lo que sigue:

«¿Y le parece a usted justo, señor Fígaro, que yo y otros como yo, que hemos tenido la gloria y la fortuna de escapar de dos fechas en contra y de dos emigraciones, que hemos vuelto, y que, a causa de nuestros antecedentes y de nuestros talentos (perdone usted el galicismo, que me lo traje de Francia), nos hemos encontrado al frente de las cosas con muy buenos destinos, vayamos a incurrir en los mismos tropiezos de antes? No, señor: hemos hecho **amende honorable**. El andar de prisa los jóvenes, sólo tendrá por resultado atropellarnos a los viejos: por consiguiente queremos orden (1). Bien comprendo que querrán andar de prisa aquellos emigrados que no han encontrado destinos, porque andando ellos los toparán. Lo mismo digo de los liberales que quedaron por aquí, y los de la nueva cría» ...

Luego añade:

«Nosotros no tenemos más norte que lo pasado: nosotros vemos la anarquía, exista o no: nosotros nos hemos enmendado: volvamos de nuestros errores y evitaremos a toda costa la libertad de imprenta y toda clase de libertad; la república nos acecha, el gorro nos amenaza, la guillotina nos amaga, y nuestro libro consultor es el año 23, y sobre todo el 92».

Y termina despidiéndose: «su afectísimo liberal escarmentado, y con competente destino, etc.»

En esto, Larra da muestras de un materialismo muy del siglo XVIII, limitado por su carácter metafísico (que le impide tener en cuenta la transformación histórica que explica el cambio de ideas del liberal), por su carácter mecanicista (que le hace derivar directamente las **ideas** del liberal emigrado del **destino** conseguido) y por su carácter individualista (que para obtener la explicación de un hecho social ha de referirlo a cada individuo implicado). Y esto no es una digresión, aunque lo parezca. Es una aclaración dirigida a los que **aún** consideran que un intelectual «serio» no debe perder su tiempo estudiando marxismo y que

(1) Aquí, acogiéndose a la oposición «viejo-joven», un partidario de la cómoda y simple teoría de las generaciones encontraría, rápidamente, una justificación «generacional» al moderantismo en cuestión. Pero, entonces, tendría que prescindir de la segunda parte del artículo de Larra, donde otro liberal, tan viejo como el anterior, pero a gran distancia de su posición social, escribe todo lo contrario.

pudieran escandalizarse al ver cómo la explicación implícita de Larra no nos satisface por completo y vamos a buscar otra complementaria al **dominio de las ideas**. Para llegar a esa explicación, hay que acudir al estrato filosófico de la ideología liberal y comprobar que esa ideología, además de perder su entronque con la tradición progresiva de la «escuela sociológica española», se separa también, durante este período, casi sin excepciones, del materialismo de los enciclopedistas franceses. Aunque esa separación no fuera brusca, ni enteramente consciente y, por tanto, permanecieran aún durante mucho tiempo concepciones y enfoques inconfesadamente materialistas en las mentes más agudas de la primera mitad del siglo XIX, como, por ejemplo, en la de Larra.

Tenemos la suerte de que Valera nos haya dado una descripción sucinta de la evolución del pensamiento de un personaje típico de la época que nos ocupa: Martínez de la Rosa. «Típico», aquí, quiere decir eso: típico; no es un calificativo retórico: el caso de Martínez de la Rosa se repite, por lo menos en 1833, en casi todos los liberales, sobre todo, entre los emigrados. «La inteligencia de Martínez de la Rosa era poco dada a la filosofía ... Todo sistema metafísico era impenetrable para su inteligencia ... Todo el movimiento intelectual de Alemania, desde Kant hasta Hegel, era tan ignorado para él, como el contenido del libro de los siete sellos. De la escuela escocesa no sabía más; ni del eclecticismo francés, ni de los novísimos pensadores italianos». (Entre paréntesis, la cita también nos sirve para tomar nota de las filosofías que influyeron tan decisivamente en el pensamiento español posterior). «Martínez de la Rosa **se había quedado en Voltaire, d'Holbach, Cabanis y Rousseau**, que leyó sin duda, aunque superficialmente, en sus mocedades ... Sincera y noblemente cristiano, sobre todo en los últimos años de su vida, **curado ya del volterianismo**, no creemos que su saber teológico fuese mucho allá del que se puede adquirir en la doctrina de Ripalda ... ni filosófica ni religiosamente alcanzaba a comprender el espíritu del siglo en que vivía.» Y ¿con qué concepción del mundo, con qué método de conocimiento, sustituyeron aquellos liberales el materialismo y el racionalismo del que ya se habían curado? «Tenía, con todo, Martínez de la Rosa un tan vivo amor a la patria y a la libertad, y unas creencias tan arraigadas, aunque fuese en ciertas **doctrinas vagas e indecisas**, que infundía respeto a los que le oían y solía llevar el convencimiento y la dulce persuasión a todos los ánimos, aun cuando se tratase de alguna **máxima o sentencia, que algo o bastante quería decir, pero que real y racionalmente no decía nada» (Sobre los discursos de G. Bravo y Nocedal** ... J. Valera. 1863) (Subrayados de T. I.) Las «doctrinas vagas e indecisas», la «máxima o sentencia, que algo o bastante» ... etc., eran, en realidad, con perdón de Valera que acusaba a Martínez de la Rosa de no conocer el «eclecticismo francés», el **eclecticismo** de Cousin (filosofía que reinó fugazmente en Francia, de 1825 a 1830, para ser barrida luego por el positivismo de Comte), como ideología filosófica, y el **doctrinarismo** (es decir: la teoría que pretendió justificar, por breve tiempo, el compromiso entre la burguesía francesa, por un lado, y Luis XVIII y Carlos X, por otro, durante la restauración de 1813 a 1830 en Francia), como ideología política. El eclecticismo y el doctrinarismo merecen la atención especial que se les dedica más adelante; por ahora, baste decir que sustituyeron al materialismo y frenaron las ideas revolucionarias de casi todos los liberales. Pues, aunque en la ideología de los **progresistas** entran otros componentes — los «liberalismos» de Benjamín Constant, Royer-Collard, Guizot, Tocqueville, etc., elaborados en Francia, y los «liberalismos» de Stuart Mill y Bentham etc., elaborados en Inglaterra —, al final, la **Unión liberal** de O'Donnell, además de unir a

todos los liberales, funde ideológicamente sus teorías políticas, sus teorías filosóficas, y, en esa fusión, lo que predomina es el eclecticismo y el doctrinarismo. Así, por lo menos, se ha bautizado a una ideología que, más bien, pudiera calificarse de empirismo vulgar, es decir, todo lo contrario de cualquier ideología.

El eclipse del materialismo filosófico es general a principios del siglo XIX y coincide con el eclipse del pensamiento revolucionario en las teorías políticas en boga. Hasta hace poco tiempo, casi todos los historiadores de las ideas de la época «explicaban» ese eclipse con palabras que empezaban con mayúsculas: la Restauración, el Romanticismo; Kant, Hegel, etc. Pero esas «explicaciones» tienen la virtud de no explicar nada, aunque, como contrapartida, todas profeticen la muerte definitiva del materialismo, con todo el dogmatismo de que es capaz un **privat-dozent** burgués y alemán. Por eso, en nuestro trabajo, nos vemos obligados, otra vez, a abandonar el **dominio de las ideas** y a descender al mundo real y concreto de la historia. Pero no solos, pues el relato del eclipse del pensamiento materialista y revolucionario, con su consiguiente explicación, se encuentra disponible para el que quiera acercarse a él, en la **Introducción** del libro **Socialismo utópico y socialismo científico**, de Federico Engels, introducción que data de 1892. Los escenarios de ese eclipse del pensamiento materialista y revolucionario son Inglaterra y Francia; la fecha histórica, el período comprendido entre 1800 y 1830; y como en ese drama ideológico, en el tiempo y en el lugar de su acción, tuvieron un modesto papel los liberales emigrados españoles, consideramos que no será inútil detenernos a examinarlo. A nuestro juicio, ahí y entonces, pierde mucho de su carácter materialista y revolucionario el pensamiento liberal español, como consecuencia de otra extranjerización, que ya hemos apuntado, aunque ésta de peores consecuencias que las originadas por el **Informe** de Jovellanos.

La sociedad inglesa de principios del XIX no era la más apropiada para reforzar las ideas materialistas de nadie. A pesar de que los precursores del materialismo moderno fueron ingleses, (Bacon, Hobbes, Locke, etc.) el extranjero culto (nuestra «minoría» ilustrada. T. I.) que, hacia mediados de siglo, (aunque nosotros hablamos de una fecha anterior, el juicio de Engels era también válido para entonces, como se verá. T. I.), eligiese Inglaterra como residencia, se sentía molesto al tener que inclinarse ante la estupidez y la santurronería religiosa de la «respetable» clase media inglesa. En esa época todos éramos materialistas o, al menos, libre pensadores muy avanzados ... «Yo voy a demostrar que la respetable clase media de Inglaterra de aquella época no era tan estúpida como le parecía al extranjero inteligente».

El protestantismo fué, en cierto modo, la ideología de la burguesía inglesa en su primera revolución. En esa revolución, la burguesía inglesa, si bien no alcanzó una victoria total, llegó a establecer un compromiso con los propietarios feudales. «A partir de ese momento — escribe Engels — la burguesía se convirtió en fracción integrante, humilde, pero oficialmente reconocida, de las clases gobernantes de Inglaterra, teniendo con las otras fracciones el interés común de mantener sometida a la gran masa obrera de la nación» ... «El mercader, el manufacturero ... era religioso, la religión había sido la bandera bajo la cual había combatido al rey y a los señores; no tardó mucho en descubrir las ventajas que se podía extraer de esa misma religión para minar el espíritu de sus **inferiores naturales** y mantenerles sumisos a las órdenes de los señores que Dios había querido situar por encima de ellos». Por otra parte, el materialismo que surge entonces, es en Inglaterra, la doctrina de la aristocracia y del absolutismo real (Hobbes, Belingbroke,

Shaftesbury, etc.) « Por consiguiente, en oposición a ese materialismo y ese deismo aristocrático, las sectas protestantes que habían proporcionado la bandera y los combatientes en la guerra contra los Estuardos, continuaron constituyendo la fuerza principal de la burguesía progresiva y forman todavía hoy (1892. T. I.) la espina dorsal del « gran Partido liberal ».

Ese fué el clima ideológico en el que vegetaron nuestros liberales emigrados que eran, no se olvide, una « minoría » burguesa y antiabsolutista. Pero, además, en el momento en que llegaron nuestros emigrados, ese clima ideológico sufría aún los efectos del vendaval revolucionario y materialista promovido por la Revolución francesa. La burguesía inglesa había combatido esa Revolución, en primer lugar, como nos dice Engels, para destruir el comercio marítimo francés, apoderarse de las colonias francesas y desembarazarse del último rival posible en el poderío naval. Pero, además, la respetable clase media, desde su cómoda plataforma del compromiso de 1689, contempló aterrorizada el triunfo total de la burguesía francesa sobre sus enemigos. « El reino del Terror en París, ¿no demostraba a dónde se llegaría si la masa perdiese sus sentimientos religiosos? ». Los emigrados españoles, por otra parte, tenían excelentes razones para impregnarse de francofobia: las desastrosas consecuencias de nuestra alianza con Francia a finales del XVIII, la invasión napoleónica, la de Angulema, etc. Todo ello explica, suficientemente, el abandono por los emigrados de las posiciones ideológicas materialistas. Pero las abandonan gratuitamente, sin necesidad, como consecuencia de la extranjerización de su pensamiento, sin que sepan, después de dejar de ser materialistas, qué van a ser; la prueba de que esto es así lo demuestra el hecho de que, contrariamente a lo que pasó en Inglaterra, la enemistad con el materialismo de nuestra burguesía no la impide seguir siendo anticlerical, formalmente anticlerical, sobre todo.

Por otro lado, y con referencia más bien al moderantismo, los liberales emigrados en Inglaterra fueron testigos entonces de un fenómeno histórico verdaderamente único: el nacimiento de la primera revolución industrial. Uno de los grandes mitos vigentes en España, en el que comulgan muchos de nuestros liberales desde 1850 hasta hoy, es el de Inglaterra, en general, y el de su ejemplo político y social, en particular. Hay quien cree, por ejemplo, que las libertades democráticas cayeron dulcemente en la boca del pueblo inglés por obra y gracia de la comprensión cívica de sus clases dirigentes; hay quienes, como Ortega, han subrayado en muchas ocasiones el **extraño** fenómeno de que Inglaterra fuera siempre por delante, mostrando el camino al resto de Europa; se mira a Inglaterra como al ideal, como una utopía, nunca asequible, pero a la que modestamente se procura imitar. Sin embargo, aquellos emigrados, que muy posiblemente fueron los primeros introductores del mito, contemplaron, como los mismos ingleses, el cambio de carácter de la burguesía, que de financiera, terrateniente y comerciante se hizo, predominantemente, industrial; su crecimiento y su radicalización; su lucha por ocupar las posiciones políticas que su desarrollo económico y social exigía; su victoria, mediante la **Reform Act** de 1832 y la abolición de las leyes cerealistas, sobre el bloque aristocrático-burgués del compromiso de 1689; aquellos emigrados se impregnaron de « librecambismo », que era el credo de esa burguesía radical. Pero contemplaron, también, y esto es más importante, el crecimiento social y político del proletariado, que ya en 1824 obligó a abolir las leyes que impedían las asociaciones obreras; los liberales emigrados, burguesía en proyecto todavía, pudieron medir la fuerza, la cohesión, la amenaza latente de ese proletariado que poco después iba a crear el primer partido obrero moderno

(el partido Cartista), el inmenso peso que representaba, primero, en su alianza con los burgueses radicales, y, después, cuando empezó a combatir solo, para conquistar un puesto en el Parlamento. ¿No está justificado relacionar esa experiencia histórica de nuestros liberales emigrados con el temor que, después, sintieron siempre a que el pueblo español les sobrepasara en sus luchas revolucionarias, temor que les hizo vacilar e, incluso, a veces, inmovilizarse, plegándose a los dictados de la reacción? A nuestro juicio, sí. De cualquier modo, aquellos liberales hubieran podido, relatándonos sus experiencias directas, deshacer el mito inglés en España: hubieran podido explicarnos la dureza de la lucha de clases en la « liberal » Inglaterra; hubieran aclarado el « extraño » fenómeno de la prioridad británica, que tanto intrigaba a Ortega, pues esa prioridad se debió al hecho de que Inglaterra fuera el primer país europeo en el que se desarrolló una sociedad capitalista industrial (maquinista) y, por tanto, una burguesía de nuevo tipo, un proletariado moderno, lo que basta y sobra para la aparición de una **formación social**, de toda una civilización nueva, arquetipo para cualquier otro país que siguiera un desarrollo histórico similar.

Lo más curioso de esa indudable extranjerización — es decir, insistimos, la adopción de ideas extranjeras que no corresponden al grado del desarrollo histórico nacional — es que los liberales que regresaron de Inglaterra — habiéndose dejado allí su ideología materialista y parte de su ímpetu revolucionario — fueron, en general, los **progresistas**. El partido **progresista** fué el « partido inglés » durante el período posterior; en cambio, el partido **moderado** fué, hasta 1848, el « partido francés », el partido de Luis Felipe de Orleans. Pero, al fin y al cabo, era lo mismo; como dice Engels: « No les quedaba a los burgueses franceses y alemanes (ante la amenaza del proletariado que sí era materialista y revolucionario. T. I.), como último recurso, más que arrojar muy suavemente por la borda su libre pensamiento, como el joven que, a la hora del mareo, arroja al agua el cigarro con el que se había pavoneado antes de embarcar: uno detrás de otro, los volterianos burlones se arrebujaron en un abrigo de piedad, hablaron con respeto de la Iglesia, de sus dogmas y sus ceremonias ... La burguesía francesa guardó la vigilia del viernes y los burgueses alemanes escucharon religiosamente los domingos los interminables sermones protestantes. Se enemistaron con el materialismo ... Y, entonces, llegó la hora de que el burgués británico tomara su revancha, gritando, « ¡Imbéciles! ¡Hace dos siglos que yo hubiera podido deciros esto! ». Es decir, tanto la extranjerización inglesa como la francesa, produjeron el mismo resultado en la ideología de los liberales emigrados. Lo grave, lo insólito e inaudito es que, en España, todavía no existía prácticamente un proletariado, cuando en 1833 regresaron de la emigración esos liberales trayéndose una ideología que estaba, en buena parte, determinada por el temor al proletariado.

Es posible que nuestros neoliberales desdeñen leer a Engels o, por lo menos, teman admitir en público que lo han leído, para no « descalificarse intelectualmente » a los ojos de algún **privat-dozent** burgués español o por temor a consecuencias más serias, pues no se sabe nunca a qué extremos son capaces de llegar algunas vanidades intelectuales irritadas. En ese caso, no hay nada perdido, pues los mismos hechos que narra Engels son narrados por Guido De Ruggiero en su **Historia del liberalismo europeo** y en su artículo, **Liberalismo** de la **Enciclopedia de Ciencias Sociales Americana**, aunque su estilo sea algo diferente. Por ejemplo, en lugar de « materialismo » De Ruggiero dice siempre « racionalismo radical »; en vez de « compromiso de clases », De Ruggiero habla del desarrollo de « las aspiraciones de clase en el espíritu del liberalismo tradicional ». Donde

De Ruggiero hace un canto a la nobleza inglesa, defensora de las libertades medievales, agrícola, comercial, jurista, administrativa, etc., Engels, más secamente, dice: «Felizmente para Inglaterra, los viejos señores feudales se habían matado mutuamente durante la guerra de las Dos Rosas. Sus sucesores, aunque procedentes en general de viejas familias, se encontraban tan ajenos al camino trazado por sus antepasados, que constituyeron una nueva clase, con hábitos y tendencias más bien burgueses que feudales. Conocían perfectamente el valor del dinero...». Pero, para nuestros propósitos, la obra de De Ruggiero sirve también: proporciona los datos suficientes para hacerse una idea de las condiciones de lugar y tiempo que afectaron al pensamiento liberal emigrado, y los proporciona con el suficiente realismo y objetividad, estudiando los acontecimientos concretos, su desarrollo histórico, sus mutuas influencias, etc., etc. Por eso no es extraño que llegue a conclusiones parecidas a las de Engels — hasta el punto de que da la impresión de haberle tenido en cuenta para elaborar su síntesis histórica — aunque esas conclusiones aparezcan en un lenguaje más «moderado», más «respetable».

Antes de finalizar este período, conviene subrayar que todas esas teorías importadas (el individualismo lockiano, el eclecticismo, el doctrinarismo, etc.), así como las deformaciones ideológicas del pensamiento liberal ocasionadas por reacciones empíricas ante contradicciones sociales extranjeras, forman parte de lo que Baeza llama, en su artículo de **INDICE**, «las ideas que informan la vida del occidente europeo», que él califica de «muy hermosas»; forman parte de «las mejores destilaciones del pensamiento europeo» que «lentamente iban penetrando a la sazón en la Península». Claro que hay más «ideas hermosas» y «penetraciones» posteriores; pero el principio es ése. Y, hasta aquí, nadie con sentido común puede decir que esas importaciones ideológicas enriquecieron en la más mínima parte el pensamiento nacional; por el contrario, lo deformaron, lo falsearon, en perjuicio de la inmensa mayoría del pueblo — la burguesía y las demás clases productoras y explotadas — y en provecho de la reacción nacional y del imperialismo extranjero. Otra cosa es, como se dijo, el materialismo francés; pero la diferencia se funda en que aquella ideología fué, en su momento y para determinados países, además de francesa, universal.

* * *

Las características generales de la ideología liberal española en 1833 pueden resumirse de la siguiente manera:

1) Ha dejado de ser, en buena parte, una ideología nacional, convirtiéndose en una ideología «europea», es decir, como hemos visto, la que corresponde en ese momento a las burguesías inglesa y francesa, y no a la burguesía española; por tanto, es una ideología ajena a todo el pensamiento nacional, tanto al tradicional reaccionario, del cual abomina, como al tradicional progresivo, que casi no recuerda.

2) Ha dejado de tener una base teórica firme. El materialismo anterior ha sido sustituído por esas «doctrinas vagas e indecisas», por esas «sentencias que real y racionalmente no decían nada», o lo que es lo mismo: por las resonancias en la conciencia española de teorías que no eran vagas y que sí tenían un sentido en Inglaterra y Francia, como reflejos que eran en esos países de las contradicciones reales de sociedades muy reales también. La consecuencia más grave de este aspecto de la extranjerización es que la burguesía se encontró sin ningún arma ideológica para orientarse ante la realidad y dominarla.

3) Ha estado divorciada durante uno o dos decenios de la vida política y social de España. Esto, unido a su carencia de una base teórica capaz de orientarla en la acción, hace que la burguesía, en su relación con la práctica política, se vea obligada a guiarse por el empirismo más vulgar, esto es, por el oportunismo o por el aventurerismo, según crea que conviene a su interés inmediato y momentáneo.

4) Es una ideología enferma del conservadurismo adquirido en la emigración; un conservadurismo que aparece antes de que los liberales hayan conquistado nada que conservar.

Esas características generales no afectan, naturalmente, a algunas magníficas excepciones: Larra, Espronceda, Flórez Estrada, por ejemplo.